

CONFERENCIA SOBRE ARTE RELIGIOSO

(Conclusión)

Llegando a tiempos menos distantes, cuánto provoca internarse por esos verjeles de la historia, en busca de Fra Angélico y de su celebrada Coronación de María. Se refiere que comulgaba para pintar sus cuadros, que a veces hacía de rodillas y vertiendo lágrimas de afecto para con su Reina y Madre Amabilísima.

¿Cómo callar a Perugino y a su discípulo Rafael Sanzio, que a los veintiún años se estrenó con el cuadro de los Desposorios?

¿Por qué olvidar a Sarto, quien acostumbraba escribir en sus representaciones de María: «Andrés del Sarto te pintó aquí tal como te lleva en el corazón»? Mucho menos es posible omitir a Ticiano, autor de la Asunción, ni al suave Correggio que dedicó su pincel a la Santísima Virgen.

El impulso dado por ellos y muchos más restauradores en otros países, se extendió a los dos siglos siguientes llamados de decadencia, calificativo convencional, si se atiende a las bellísimas obras de Guido Reni, Caravagio y los grandes maestros flamencos y españoles *educados en Italia*. La faz enlutada de la Virgen de Reni, que os presento, es una aurora bonancible en la noche del Gólgota.

Al recordar el arte español no pierdo la ocasión de parangonarlo con el de alguna otra raza, como la sajona. Ved ahí una Concepción sevillana de Montañez, y la célebre Dolorosa de Nuremberg. Ambas son de madera, y fueron hechas con pocos años de intervalo. No presumo de crítico, ni se necesita serlo para advertir la discrepancia que hay entre las dos. Aquélla,

bien a pesar de su dulzura maternal os parecerá pesada en sus proporciones; y la pesadez se agrava con el abultamiento del ropaje. Los cabellos, el aire de las facciones, la flojedad en la posición de las manos, dan al aspecto general de la figura, un realismo poco atrayente en comparación de la idealizada Madona de Pedro Vischer, donde se admira la ligereza de formas, lo esbelto de la estatura, la nobleza de actitud y gesto, que vence la dificultad de expresar el dolor más intenso de un modo casi imperceptible. Me permito darle la preferencia, y mucho siento no estar aquí de acuerdo con el Cardenal Newman, cuando se declaraba realista decidido en sus gustos piadosos y estéticos.

Tampoco puedo abstenerme de contraponer la misma Dolorosa germánica, y una escultura helenística denominada la Doliente. Notaréis las distinciones que las separan, y quizá me concederéis que la Dolorosa lleva ventaja con su faz levantada, su toca y manto, sus manos recogidas; mientras que a la otra perjudica el alarde que el escultor hizo de su habilidad, acusando las formas bajo la transparencia del manto que las envuelve.

Sea como fuere, el interés que ha despertado la efigie alemana, ha llegado a rodearla de leyendas. A las influencias italianas que se le atribuyen, y a la incertidumbre que los peritos afectan respecto de su autor y fecha precisa, se les ha querido agregar una historia de amor.

«La hermosa Gretchen, hija del mercader Furhoff, no era indiferente a las palabras afectuosas del joven escultor Vischer»... Así pudiéramos empezar nuestro relato novelesco, y para darle mayor aliciente no estaría mal relacionarlo con las aventuras de Hans Sachs y los Maestros Cantores, fantaseando un cuento tan curioso como aquellos a que se han prestado la For-

narina y la Mona Lisa de Leonardo. Con todo eso, prefiramos no patrocinar las conjeturas de los cuentistas; y reconozcamos la intervención de algo más que un simple amor terreno en los rasgos de la misteriosa Madona de Nuremberg.

En desagravio de España permitidme todavía otro contraste. Al apagarse la inspiración griega con el refinamiento alejandrino, quedó roto el paralelo que antes habíamos establecido entre ella y las manifestaciones del ingenio cristiano. Dejadme que vuelva sobre mis pasos y ponga la Concepción de Ribera junto a la Minerva fídica de Lemnos, que Luciano de Samosata estimaba superior a la Prómacos y a la criselefantina del Partenón. Creo que sin desconocer la belleza de aquélla, la Inmaculada os agrada más, por muy familiarizados que estuviérais ya con las Concepciones de Bartolomé Esteban, Zurbarán, Valdés Real y Juan de las Roelas, o con las de nuestros pintores coloniales.

La diosa virgen, la Parthenos olímpica, la hija de la merite de Zeus cuyos ojos dice Homero que miran hacia muy lejos, tiende su vista a la vaguedad de un horizonte remoto escrutando el porvenir. Las pupilas de María se fijan arrobadas en la Causa Suprema, en lo alto del Empíreo que domina todos los horizontes, en un presente que abarca todos los futuros, en un Amor infinito cuya llama no ha prendido en el pecho marmóreo de Minerva, porque Minerva—la razón fría—no tiene corazón. Al pie de Palas se yergue la serpiente de Erecteo y el pájaro nocturno, emblema de la ciencia. Pero la Doncella Purísima en cuyo seno se entronizó la Sabiduría encarnada, es la vencedora del genio del mal, y huella eternamente al dragón enemigo de Dios. Atena, en fin, está armada; mas nuestra Protectora no necesita cimera ni lanza, ni coraza ni escudo, porque

según el canto bíblico, su poder es tan formidable como escuadrones desplegados en línea de batalla.

Decía Wagner, citado por Eugenio d'Ors, que al través de las Vírgenes de Rafael se hacía comprensible el misterio de la Purísima Concepción. Sin riesgo de profanidad afirmaremos que también se presiente y columbra el misterio teológico considerando la casta guerrera de Fidias. Nosotros tus vasallos, oh invicta Señora de los Angeles, desde la oración sobre la Acrópolis en donde yacen los dioses muertos, sabemos trasportarnos al éxtasis glorioso de tus miradas!

A partir de la pasada centuria el arte marcha desorientado por veredas tortuosas que se entrecruzan en todos sentidos. Tan pronto se le pidieron lecciones nuevas al academismo de David y Thorwaldsen, como se acudió al prerrafaelismo de Ruskin, al naturismo de Courbet, al misticismo simbólico de Puvis de Chavannes, al primitivismo de Gauguin, al arte negro de Bretaña, a la extravagancia de los impresionistas y cubistas; o borrándose los límites de nacionalidades y escuelas se preconiza la iniciativa individual, independiente, durante los últimos años. Complejo es el estudio de tan variadas tendencias juzgadas por Tolstoi con criterio marcadamente excéptico. En ellas distínguese todavía la sucesión rítmica; sólo que ésta ya no es uniforme en todas las naciones, y en cada una es preciso seguirla por separado. Así pues, mejor será sacar del caos algunos nombres representativos entre los artistas religiosos.

Prerrafaelista y al mismo tiempo muy personal fue el inglés Burne-Jones, quien de sí mismo confesaba: «No soy inglés sino italiano del siglo XV. Soy hijo de Birmingham, pero en Asís nací por segunda vez.» De él os exhibo el tapiz de los Reyes Magos que adorna el Exeter College de Oxford. La originalidad de su ma-

nera difiere mucho de la afectación de Rossetti, y se acerca a las intuiciones del Holman Hunt.

El esmerado Bouguereau señala rumbos desconocidos en su alegoría de la Virgen Consoladora. Esa Madre universal de los fieles, acogiendo en vez del Hijo sacrificado, a otra madre doliente que en su regazo se abandona, diríase visión de paz que descendió del cielo al conjuro de un pincel hechizado por la magia de la fe, de la esperanza, del amor fervoroso.

Overbeck, otro devoto de nuestra Señora, estuvo igualmente afortunado al figurar a María Reina de las artes, composición grandiosamente concebida, cuyo valor no disminuye sino aumenta con las reminiscencias que allí se descubren de la *Escuela de Atenas* y de la *Disputa del Sacramento*. Escenarios suyos son la tierra y el cielo. Arriba, circundando el regio trono distínguese Moisés, el constructor del Tabernáculo; David pulsando su salterio; Lucas, el pintor evangelista. Símbolo de la inspiración es la fuente que abajo salta en fresco surtidor hacia las regiones eternas. A sus aguas vivas se acercan Dante, Massaccio, Orcagna, Vinci y el virtuoso de Urbino, en tanto que los coloristas venecianos examinan los reflejos e irisaciones. Aparte Miguel Angel reposa ensimismado.

Junto a un grupo interesado en el hallazgo de mármoles antiguos, aparece el imperial protector de los ingenios, héroe de la epopeya carlovingia; y por otro lado reconocemos a Gui d'Arezzo y al Pontífice que dio su nombre al canto sagrado. En medio Agustín de Hipona departe con ellos sobre la música y lo bello según las teorías de Platón.

El arquitecto que más acá alecciona a sus jóvenes discípulos, no será tal vez Maese Hugo de Libergier que levantó la iglesia de San Nicasio y fue sepultado bajo las naves de Reims ahora setecientos años? Re-

parad en las vestimentas que indican el origen de cada joven alumno: las calzas justas y el jubón meridionales, el pellote tudesco, el monástico sayo irlandés. Sentados atrás en la gradería, un benedictino de Cluny y un cisterciense discuten la ornamentación de las mayúsculas y miniaturas dibujadas en sendos manuscritos. No han olvidado el ejemplo del famoso fraile Tutilón de San Galo, acuarelista y decorador de marfiles. De allí no están ausentes los mosaístas y orífices, los tapiceros y esmaltadores que tanta reputación dieron al *Opus Anglicanum* y al *Opus Britannicum*, denominaciones de sus trabajos respectivos; ni dejarán de asomar por allá en el fondo los trovadores de Provenza y de Suabia: un conde Tibaldo, un Bernardo de Ventadour, un Henrique de Veldeken.

Paréceme oír el murmullo que de todo aquel concurso se levanta, como el de los rubios enjambres del Citerón y de Tíbur, como el de las brisas que olean la arboleda vecina, confundiendo con los distantes acordes que escapan de la abadía que se divisa en lontananza. Y aquel concierto de ideas, emociones y formas, en que armonizan gamas litúrgicas y rondeles de troveros; en que los bocetos de lienzos se hermanan con trazos de planos y oros de iniciales; en que los tercetos del gibelino a María riman espiritualmente con las estrofas de Petrarca y hacen consonancia a la rumorosa fuente de aguas vivas, todo aquello, digo, compone un himno gigantesco que asciende a las moradas de la Gloria para alternar con el coro de los elegidos celebrando los triunfos de la Hermosura inmortal y sin mancilla.

Muy poco os dije de las artes plásticas en relación con el culto mariano. De paso nombré la arquitectura, y para abreviar dejaré en silencio la música y la poesía. La materia es inagotable; no cabe dentro de

una conferencia; pero bastan las cortas indicaciones hechas. Cualquiera partecilla que se escoja del vastísimo tema encierra un tesoro de sugerencias, y habría que aplicarle estas palabras: «La gota de vapor que brilla un instante en el espacio, copia sobre su molécula casi imperceptible, el universo que la rodea con toda su inmensidad.» Así el más pequeño aspecto que en María Santísima consideremos, nos revela el mundo entero de la belleza divina y humana bajo las dos formas que superiormente la contienen: la Religión y el Arte.

JUAN C. GARCIA, Pbro.
Miembro del Círculo de Bellas Artes.

CUADRO

Embravecido el arrogante toro
brama y levanta la cerviz fornida;
ventea el aire la nariz fruncida
y vibra su pulmón amplio y sonoro...!

La novillada en clamoroso coro
muge y escarba y, fiera, enfurecida
se revuelve tremente, detenida
por el sañudo rey de astas de oro.

En el manglar, el tigre rezongando,
lanza iracundo su rugido bronco
que desafía la voz de la tormenta...!

Mientras el toro ante el corral bramando
contra el pulido y resistente tronco,
afila la lustrosa cornamenta...!

FERNANDO LAGUNILLA
alumno externo.

Bogotá, abril 10 de 1922.